

EL AUTOR DE *WALDEN* Y DE *CIVIL DISOBEDIENCE* TAMBIEN PASO POR HARVARD

Honesto Herrera

Entre las publicaciones americanas que nos van llegando estos días, apenas hay una en el campo de las letras, que no dedique largos estudios a la Universidad de Harvard. Se cumple su 350 aniversario desde que un mecenas, llamado J. Harvard, diera la mitad de su patrimonio para la promoción de la cultura en aquel nuevo, pero hostil «paradise regained», en el que el hacha y el arado habían desplazado momentáneamente a la pluma y al pincel. Se conmemora el significado y la relevancia que tiene para las letras americanas la fundación de este centro universitario tan sólo unos años después de que el Arbella y el Mayflower arribaran a las costas americanas. En este homenaje no faltan estudios de la historia de Harvard, de los hombres ilustres que han pasado por sus aulas, de su significado social y cultural, así como del alto nivel y rigor científico de esa Universidad.

Más que analizar el impacto que pudo causar la Universidad en uno de los escritores, ciertamente significativo, del siglo pasado, quisiera hacer referencia a algunos aspectos que nos permitiesen dilucidar, en este caso, quién está en deuda con quién. ¿Es el estudiante el que le debe todo a la Universidad o por el contrario la Universidad la que está en deuda con su alumno? Concretando un poquito más podríamos preguntarnos ¿Cuál es la deuda de H.D. Thoreau para con Harvard? ¿Hasta qué punto su paso por las aulas de Harvard influye en su formación? O, más bien, debemos invertir los términos y cuestionarnos la posibilidad de que fuera Harvard quien se enriqueciera con su presencia.

Unas breves pinceladas históricas nos pueden situar en el momento universitario que vive Thoreau. Los años difíciles de la emigración han quedado atrás. El presidente de la universidad, J. Leverett, ha cerrado la etapa ultraconservadora de la familia Mather, que durante varias generaciones había tenido como lema de Harvard el «vigilate et orate», expresión que nos provoca asociaciones con la disciplina y austeridad del cenobio. Con Leverett el puritanismo da paso al humanismo, la unidad de criterio se resquebraja y comienza a permitirse la diversi-

dad de opiniones y de tendencias. Apenas se ha modificado este ambiente en Agosto del 1833, fecha en que H.D. Thoreau es admitido, tras superar unas pruebas, que si tenemos en cuenta las palabras de Quincy, presidente de Harvard en aquellos momentos:

One branch more, and you had been turned by entirely. You have barely got in ¹.

nos dejan constancia de la dificultad que entrañaba el llegar a Harvard.

Su biografía no sería completa si se prescindiese de estos años de universitario. Por supuesto que su estancia en Harvard no va a tener ni la transcendencia ni la relevancia de su estancia en Walden, pero no por ello podemos dejar de valorarla. Harvard ocupa un momento de su vida y tiene su significado, aunque se abra la polémica en el momento de su valoración. La opinión que le merece este centro universitario a Thoreau la recogemos en uno de sus comentarios con Emerson. Ciertamente no es muy positiva. Sus biógrafos puntualizan todavía más si nos ceñimos a las palabras de H.S. Canby para quien Harvard le aportó erudición pero como escritor casi lo malogró. A pesar de todo, en una primera aproximación no podemos olvidar que Thoreau entra allí en contacto con la cultura clásica y con la oriental, allí conoce más exhaustivamente a los autores de la cultura anglosajona y allí estudia la mitología céltica. Sus alusiones a Ossian y a los trabajos de Hércules no son alardes de mera erudición sino que son elementos con los que construye su obra. Si nos atenemos al criterio que Skinner tiene de la educación, aquello que queda después de que se ha olvidado lo que se ha aprendido, juzgamos que en Harvard recibió algo más que una fuerte dosis de erudición. Su obra trasciende el ámbito americano. Lo mismo integra en su narración elementos del Bhagavad-Gita que las observaciones de Catón sobre la posible interrelación de los ciclos de la naturaleza y los estados anímicos del hombre. Es precisamente en este tema en el que encontramos a un Thoreau agradecido. Si en *A Week* dice de Homero:

It's as if nature spoke to us,

en *Walden* el tributo que rinde al Bhagavad-Gita no es inferior:

It's as if an empire spoke to us.

Enemigo de esas citas en las que se da culto al nombre del autor y nos olvidamos del mensaje, transcribe sólo aquellos aspectos del saber de la antigüedad que le interesan, modifica y recrea cualquier idea o pensamiento que llega a él, y termina haciendo suyas expresiones tan orientales como:

renew thyself completely each day, do it again and again and forever again ².

¹ Cameron, «The Solitary Thoreau of the Alumni Notes», *Emerson Society Quarterly*, VII, 1957, 2.

² Van Doren, Mark, *Henry David Thoreau*, Russell, Nueva York, 1961, pág. 220.

No es difícil, por tanto, reconocer en esta conducta a un estudiante que, en palabras de Piaget y teniendo presente a Skinner, asimiló más que aprendió.

Por supuesto que Thoreau no comparte el entusiasmo de Emerson por el syllabus de Harvard. Su valoración es más pesimista. La respuesta que da a las palabras de Emerson: «en este syllabus se recogen casi todas las ramas del saber», es contundente:

Yes, indeed, all the branches and none of the roots³.

La interpretación de esta respuesta, aparte del clima de frialdad que está viviendo la amistad de ambos y que explicaría en parte la ironía y dureza de estas palabras, tal vez haya que buscarla en la profundidad que Thoreau exige en el estudio de cualquier tema, y Harvard, lo mismo que cualquiera de nuestras universidades, lo único que nos pueden ofrecer y que se les puede exigir es la apertura de múltiples campos de trabajo y un método serio para llevarlos a cabo. A pesar de la metáfora, a posteriori, podemos decir que Thoreau sí que encontró su campo de trabajo y que si el método no se lo enseñaron sí supo descubrirlo.

Los ensayos que va escribiendo en sus años de universitario nos muestran cómo va definiéndose su personalidad. En ellos observamos cómo se esfuerza por defender la dignidad del hombre y sus valores éticos. Sin duda que el «syllabus» que ha cursado ha dejado su huella en estos planteamientos, aunque un análisis de estos ensayos nos descubra a un alumno crítico que rechaza la metodología de T. Channing.

No le interesa el desarrollo lógico ni la secuenciación de su maestro, prefiere la intuición. De esta manera se aparta de los criterios convencionales establecidos, marca la diferencia entre aprendizaje y educación, que años más tarde puntualiza Skinner, y prefiere la civilización y cultura india más que la que él vive en «Barbarism and Civilization»⁴.

Otro ensayo significativo gira en torno a su defensa de la cultura autóctona en la línea del «American Scholar» de Emerson y que de alguna manera canta W. Whitman en *Leaves of Grass*. La razón de esta defensa radica en el complejo de inferioridad que se tiene respecto de Europa. Parece que con estos autores junto con Hawthorne y Melville la profecía de Buckminster sobre la «golden age» de las letras americanas comienza a cumplirse⁵. Un siglo más tarde F. Matthiessen, autor conocido y estudiado por todos nosotros, va a referirse a este período con el apelativo de «American Renaissance».

En la reseña que hace de W. Howitt's *The Book of the Seasons: or the Calendar of Nature* manifiesta su gusto por la naturaleza. Thoreau participa de ese canto a la naturaleza en el que las cataratas hacen vibrar a la tierra, en el que las montañas, ríos, bosques, lagos, están impregnados del silencio de los primeros tiempos. Estamos ante la «tierra virgen» de H.W. Smith o el mito del «para-

³ Albee, J., *Remembrances of Emerson*, Folcroft, Nueva York 1974, pag. 31

⁴ Canby, M.S., *Thoreau*, Houghton Mifflin and Company, Boston, 1939, págs. 41-42

⁵ vid. Brooks, V.W., *Flowering in New England*, E.P. Dutton and Co., Nueva York, 1952

dise regained» que estudia Carpenter un siglo después. Su gusto por la Arcadia va a explicar algunos de los títulos más significativos de su obra. Recordemos: *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*, *The Travel Books*, *Walden*, etc. etc. todos ellos nos descubren el entorno por el que camina, medita, vive y escribe.

Finalmente, con su manera de concebir su «be expert in homecosmography», que luego leemos en *Walden* está secularizando, en alguna medida, la fuerte dosis de puritanismo que se respira en el mundo académico de Harvard. Uno de los objetivos específicos de la pedagogía de T. Channing era que sus alumnos dominaran el ejercicio de la introspección. Para ello les sugiere que escriban un diario en el que lleven control de la fluctuación de la gracia y del abandono. Recomendación que para un temperamento rebelde como el de Thoreau puede tener, desde un punto de vista psicológico, una respuesta bien de negativismo alienante, bien desembocar siguiendo la terminología psicoanalítica en una transformación. Thoreau opta por este segundo mecanismo de defensa y así el 22 de Octubre de 1837 inicia su *Journal*. En él los sentimientos de aversión a los planteamientos de T. Channing los transforma. Lejos de estar obsesionado por la fluctuación de la gracia y del abandono centra su atención en captar ese «fleeting instant» que separa las dos eternidades, la del pasado y la del futuro. Su obsesión es captar ese «everlasting now» tras el cual van a peregrinar Margaret Fuller, Peabody, Alcott y el resto de los trascendentalistas.

La sugerencia de T. Channing de que escriban un diario nos hace pensar: ¿Hasta que punto Thoreau está en deuda con Harvard? ¿Hubiera escrito su *Journal* sin haber asistido a las clases de T. Channing? O podemos preguntarnos también ¿admitió la idea del diario y mostró su rechazo a la misma por la vía de la transformación?

Estos dos últimos interrogantes están abiertos a todo tipo de elucubraciones, aunque cabe decir en terminología conductista que hubo un estímulo que provocó una respuesta, no la deseada por sus mentores, por supuesto, y todo ello en Harvard.

En su *Journal* explora su «homecosmography» que leemos en *Walden* y escapa a esos planteamientos inquisitoriales de T. Channing tan próximos al «super-yo» freudiano, así como a posibles interpretaciones de gratificaciones sucedáneas ante posibles frustraciones que podría ser la opinión del mismo Freud. Thoreau no busca en su diario al héroe, al poeta, al prohombre que no pudo ser, no busca refugio para protegerse de una sociedad que pudiera serle hostil, sino que busca un recurso adecuado para sustituir el héroe del poeta, del novelista o del dramaturgo por el héroe real que cada uno lleva dentro de sí⁷.

Más allá del análisis de estas manifestaciones académicas que acabamos de enumerar nos encontramos con algunos aspectos de su comportamiento que no podemos dejar de comentar. Antes de entrar a valorar alguno de estos detalles

⁶ Sanborn, F.B., *The Life of Henry David Thoreau*, Houghton Mifflin and Co., Boston, 1917, pp. 131.

⁷ Glick, Wendell, «Three Early Manuscripts by Thoreau», *The Huntington Library Quarterly*, XV, Nov., 1951, págs. 59-71.

conviene no perder de vista el concepto que nos merece cualquier institución ya sea cultural, religiosa o social. Su valor radica en su capacidad de cambio y de adaptación a los distintos momentos históricos. Cualquier institución que quiera trascender al tiempo tiene que seguir esta dinámica, aunque su ritmo de cambio y adaptación nunca termine de ser satisfactorio. Durante estos 350 años de historia Harvard ha sido Harvard porque ha ido haciéndose Harvard. Lo mismo que cualquier otra institución ha necesitado, necesita y seguirá necesitando de esos períodos de crisis que lleva consigo cualquier tipo de cambio. También serán necesarios los pioneros, los rebeldes cuya visión de la realidad, distinta de la que tenemos quienes estamos absorbidos por lo establecido, provoca esas crisis que trae consigo el cambio. Así decimos que la sociedad avanza merced a la lucha de esas personas, a las que la sociedad, por su tendencia a la autodefensa, en un primer momento las proscribió. Paradójicamente esta misma sociedad con el paso del tiempo cuando va asimilando el cambio reivindica a esos marginados, a esos proscritos cual de si héroes se tratase. Thoreau vivió el caso de John Brown y para él escribe «A Plea for Captain John Brown», sin embargo, por razones de Estado se le ajusticia acusado de destabilizador. Ahora, paradojas de la vida, esa misma sociedad lo eleva a la categoría de mito y lo utiliza de estandarte en la lucha contra la esclavitud.

La distancia es enorme como para recurrir a posibles paralelismos. No obstante, sí podemos hablar de una ligera y sutil relación entre la conducta de John Brown y la de Thoreau. Si bien su negativa a pagar impuestos y su estancia en la cárcel no pueden tener otra consideración que la de meros actos simbólicos, su transcendencia nos permite establecer algún tipo de relación. Porque ¿quién no ve en este encarcelamiento, por negarse a pagar impuestos para mantener una guerra injusta, el germen de «Civil Disobedience»? En él se inspirará Ghandi y con su testimonio elevará esta actitud de rebeldía a la categoría de mito.

Fue en Harvard precisamente donde comienza a rebelarse contra el orden establecido. Allí comienza a mostrar uno de los componentes más significativos de su personalidad: su rebeldía. Thoreau rechaza el sistema de evaluación de J. Quincy, sistema en el que se premia la pasividad, la asistencia a actos de reglamento interno y en el que se censura el espíritu crítico por parte de sus alumnos. Se muestra alérgico a todo tipo de dogmatismos, de dirigismos y de obediencias ciegas. Su disconformidad la manifiesta encabezando un escrito en el que se pide la abolición de este sistema porque únicamente fomentaba la competencia y la mediocridad⁸.

Pero no sólo tropieza con el «establishment» firmando ese manifiesto sino que también choca con el sistema de préstamos de la biblioteca de Harvard. En esta ocasión esgrime sus mejores argumentos, recurre a la ironía y muestra su gran capacidad de persuasión en sendas cartas dirigidas a J. Quincy y a Jared Sparks, presidentes de la Universidad, en las que les pide que la biblioteca tenga un carácter público y no sea sólo patrimonio de los alumnos matriculados. Su triunfo en

⁸ Torrey, Bradford, ed. *The Writings of H.D. Thoreau*, X, 115, Houghton Mifflin and Co. Boston, 1906.

esta pequeña batalla trasciende a su obra, más que por ser una pequeña victoria por el significado que tiene. La biblioteca es el mejor obsequio que Harvard puede ofrecer a los ciudadanos de Nueva Inglaterra, serán sus palabras de gratitud y reconocimiento⁹.

Tanto en este tema como en el que se refiere al sistema de evaluación —lejos en estos momentos de las disquisiciones, tan en boga en nuestros días, sobre los modelos cualitativos o cuantitativos— su conducta provoca pequeñas crisis que permitirán introducir algunos cambios en la vida académica de este centro. Este tipo de crisis, en realidad, son los que hacen, con el paso del tiempo, que Harvard vaya siendo Harvard.

Un tercer elemento, al que podemos calificar de integrador, en el que se interrelacionan tanto sus actividades académicas como su comportamiento puede ser el comentario que dedicamos a la ceremonia de la graduación. El tema que los rectores de la institución proponen: «The commercial spirit of modern times considered in its influence on the political, moral and literary character of a nation» es abierto¹⁰. Tres graduandos van a disertar sobre este tema.

Rice se muestra académico en su exposición. Denuncia: el espíritu comercial, la obsesión por la obtención del máximo rendimiento y los efectos de estos planteamientos materialistas. Terminará pidiendo, en aras a la libertad, la renuncia a la esclavitud del dinero.

La perspectiva de H. Vose es más triunfalista que la de su compañero. Para él la economía es la panacea de todas las cosas. No es incompatible con la ciencia, el filósofo encuentra tema de reflexión en la misma y fomenta la imaginación del novelista. Termina su exposición recordando que los mecenas de las letras siempre se han encontrado en el mundo de los negocios.

Las dos ponencias encajan con el sentir de la audiencia. Si la primera tiene un carácter espiritualista, la segunda rebosa materialismo por doquier. A pesar de todo, podemos situar a ambas en la línea del puritanismo más ortodoxo. Si en la primera no nos resultaría difícil señalar marcadas connotaciones con sermones del tipo de «sinners in the hands of an angry God» de Jonathan Edwards, en el segundo caso no quedan lejos los ecos de la parábola de los cinco talentos, de la eficiencia y de la productividad, piedras de toque de la doctrina puritana.

Thoreau huye de los catastrofismos del primero y del pragmatismo, poco escrupuloso, del segundo. Hace un planteamiento analítico. Le preocupa la repercusión que el espíritu materialista tiene en el comportamiento egoísta del ser humano, tanto en la esfera familiar como en la religiosa o social. Su pensamiento se proyecta hacia una libertad perfecta en la que no haya lugar para las dependencias, hipotecas o cualquier tipo de esclavitud¹¹. No cabe duda de que en este ensayo comienzan a verse atisbos de ese mundo feliz que podemos forjarnos le-

⁹ Cameron, «Freshman Thoreau Opposes Harvard's Marking System», *Emerson Society Quarterly*, VIII, 1957, págs. 17-18.

¹⁰ Miller, P.: *Consciousness at Harvard*, que extrae de Harvard College Papers 2nd, series XVII, 1849-1850, pág. 37.

¹¹ *The Writings of H.D. Thoreau*, VI, 8-9.

yendo su obra. Sus ideas, sus esquemas van más allá de lo que podemos leer en esas utopías programadas de *Walden II*, 1984, o *Brave New World*. En su arcadia, en su vida de Walden, las necesidades son simples no complejas y la relación: trabajo-ocio es inversa a la que vive la sociedad del s. XX. Se está gestando, pues, el espíritu de Walden.

Los críticos y estudiosos de Thoreau: Sanborn, Canby, Cameron, relacionan esta filosofía con *Nature*, de Emerson. Su interés se centra en la fuente de sus ideas, no en el mensaje: el sueño de Thoreau de llegar, de vivir, una «libertad perfecta», de alcanzar los páramos de una utopía perfecta, pasa desapercibido. Sin embargo, en Harvard y desde Harvard ya se hacían planteamientos utópicos y ucrónicos el día de la graduación de 1837.

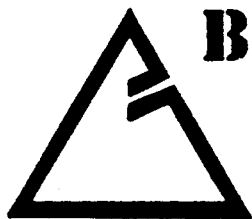
La contracultura de los 60 y 70, los pacifistas y los ecologistas de ayer y de hoy vuelven sus ojos a la obra de Thoreau que se inicia con estos pequeños ensayos y manifestaciones de conducta en las aulas de Harvard, en las que comienza a abogar por una vida distinta y por una libertad perfecta. El autor de *Walden* y de «*Civil Disobedience*» también pasó por Harvard.



SPAIN'S NEWEST ENGLISH BOOKSHOP

We sell books in English on linguistics, methodology, courses and cassettes for teaching English and Spanish ... children's books and English books in general. If we don't have a book in stock we can get it for you.

Come and visit us. We're open all day from 9.30 to 20.30 (from 10.00 - 14.00 on Saturdays). We send books post-free all over Spain.



BOOKSELLERS, S.A.

José Abascal, 48

28003 MADRID

Teléf.: 442 79 59